

Las metamorfosis de la religiosidad

Samuel Yáñez*

Para auscultar los signos de los tiempos y descubrir la acción de Dios en medio de la circunstancia actual, parece necesario interpretar las hondas transformaciones que están ocurriendo en el ámbito de lo religioso, es decir, en el seno de las religiones y de cómo las personas viven y manifiestan su búsqueda religiosa.

Sin duda, se trata de metamorfosis significativas. Las transformaciones en el ámbito religioso se inscriben, en términos amplios, en el proceso mayor del proyecto moderno, tal como éste sigue desarrollándose, sea en fases avanzadas en países del norte, sea en las versiones modernizadoras de nuestros países latinoamericanos. La autonomía y la libertad se yerguen como aspiraciones irrenunciables del individuo en la cultura actual. Por otra parte, experimentamos las consecuencias, tanto positivas como negativas, de los procesos de secularización de las sociedades. El discurso religioso aparece como uno más al lado de discursos políticos, económicos, de género y otros. El diálogo con estos ámbitos sociales y culturales que han ido conquistando su autonomía se hace difícil. Pero también es verdad que esta independencia, cuando no se absolutiza, constituye un paso adelante en la tarea humana de hacernos responsables por el destino propio y por la construcción de un futuro terrestre mejor.

PLURALIZACIÓN Y PRIVATIZACIÓN DE LO RELIGIOSO

Los cambios que están ocurriendo en el ámbito de lo religioso son complejos. No afectan sólo a las instituciones, sino también al significado de las experiencias e imaginarios. No se trata sólo de una crisis de las religiones tradicionales; la manera de vivir y expresar la religiosidad está en transformación. ¿Qué tendencias principales es posible reconocer en este proceso de mutaciones? Se pueden destacar dos.

En primer lugar, está el hecho de lo que podemos denominar la "pluralización" de lo religioso. Por doquier es posible reconocer

una creciente diversidad de experiencias religiosas. Incluso al interior de las religiones más institucionalizadas, es patente la existencia de una diversidad de formas de vivir y expresar la propia religiosidad. A veces se tiene la impresión de que hay auténticos

abismos, por esto, en el seno de una misma religión, entre uno y otro grupo. Los procesos de internacionalización económica y de globalización de la comunicación e información han contribuido, en buena medida, a esta situación de convivencia mundial de formas religiosas diversas. Este fenómeno produce, por una parte, la tendencia a que la vida religiosa de los individuos esté marcada por la mezcla sincrética y, por otro lado, crece el anhelo de encontrar lo que hay de común a toda experiencia religiosa. Aparece así un desafío mayor: ¿cómo reconocer la diversidad desde una perspectiva inclusiva? En una respuesta histórica adecuada a esta interrogante se juega, entre otras cosas, la posibilidad de una comunión humana futura. Y para religiones con vocación universal, como la cristiana, hay aquí un asunto ineludible y crítico.

Otro carácter general de las transformaciones que están ocurriendo es la creciente "privatización" de la experiencia religiosa. Se habla de un déficit de religión, pero que no significa necesariamente una inexistencia de búsquedas religiosas en los individuos. Estas búsquedas, más bien, están crecientemente poco conectadas con las instituciones religiosas. En el seno del cristianismo, por ejemplo, aumenta el número de los creyentes "a su manera". Lo que se expresa en este hecho de la privatización no es simple. En algunos casos, se trata de cierta desazón respecto de formas institucionales que se consideran inapropiadas para la situación actual. También es posible reco-



nocer una tendencia a privilegiar la vivencia subjetiva por sobre la forma institucional, la emoción por sobre la razón, la mística antes que la dogmática. Parece necesario, pues, profundizar en la comprensión de las relaciones que pudieren darse entre individuo, experiencia religiosa e institucionalidad.

Estos fenómenos de pluralización y privatización también tienen lugar en América Latina unidos a una firme persistencia de lo religioso. Tal vez no es exagerado hablar de un continente irremisiblemente cristiano, donde se manifiestan nuevas formas de pertenencia y de expresión de la religiosidad. No está ausente tampoco el distanciamiento de algunos respecto de lo religioso, actitud que se da en diversas formas: ateísmo en sectores dirigentes y juveniles, indiferentismo, agnosticismo.

CAMBIOS EN EL CRISTIANISMO

Estos fenómenos generales de pluralización y privatización de la experiencia religiosa se dejan sentir también en el seno del cristianismo. Se reconoce en amplios sectores de creyentes una menor adhesión a las normas eclesiales y un creciente interés en las dimensiones menos racionales de la fe. Es también sentida la necesidad de pensar la heterogeneidad de los modos de ser cristiano, y de hacer esto evitando tanto la atomización como la homogeneización. Por otra parte, hay síntomas de crisis en algunos aspectos: menor participación de los fieles en la litur-

Es posible reconocer una creciente diversidad de experiencias religiosas. Incluso al interior de las religiones más institucionalizadas, es patente la existencia de una diversidad de formas de vivir y expresar la propia religiosidad.

gia; evolución en el modo de vivir el nexo entre fe y moral; quiebre del proceso de transmisión de la fe cristiana a las nuevas generaciones. Esto último está asociado a los cambios que están ocurriendo en la realidad familiar y al alejamiento de las mujeres de la Iglesia. También ha disminuido el número de las vocaciones sacerdotales y religiosas. La relevancia social y cultural del cristianismo parece debilitarse, así como también el carácter comunitario —es decir, social y político— de la fe. Se puede apreciar la existencia de una brecha significativa entre el discurso predominante en la Jerarquía y el sentir de muchos creyentes laicos y de miembros de la sociedad civil. Esta situación invita a aguzar la mirada creyente, de modo de ir descubriendo la acción de Dios en medio de estas transformaciones. Se trata, no de llorar sobre la leche derramada, sino de hacer espacio al desarrollo de una nueva vida que aparece. Dios sigue activo en la historia e invita a reconocerle y trabajar con Él. La crisis resulta, así, una oportunidad de futuro.

¿No estamos en la hora todavía inicial de una reconfiguración histórica del cristianismo? Se trataría ahora de construir un cristianismo sin cristiandad. Parece muy neces-

* Profesor de filosofía en la Universidad Alberto Hurtado.



rio, pues, volver a preguntarse por lo más originario de la fe cristiana. Y hacerlo en vistas de una renovación honda, tanto del espíritu como de las estructuras eclesiales. La pregunta por el sentido de la existencia pue-

de constituir un lugar decisivo para esta tarea, y para el diálogo con la mujer y el hombre de hoy. El cristianismo es una religión con vocación universal, católica. Es urgente volver a significar esto en medio de una sociedad de la tolerancia, de la pluralidad y donde muchos viven en la periferia. Hay que discriminar también entre las nuevas formas y expresiones religiosas: no todas son evangélicas, no todas dan lo mismo.

¿Dónde ir a buscar, para reconocer, el sentido de los cambios religiosos del presente? En el campo amplio de la historia y en el espacio íntimo de la subjetividad. Tal vez haya que poner atención especial a algunos sectores y procesos. El fenómeno de los movimientos cristianos, a pesar de su pequeñez porcentual en el conjunto de los fieles, posee un impacto significativo. ¿Por qué? En sectores medios y sobre todo populares de América Latina, el pentecostalismo ha tenido en los últimos decenios un crecimiento sostenido. ¿Por qué? ¿Qué revelan estos fenómenos de las búsquedas religiosas de hoy? Es importante conocer más profundamente lo que pasa entre los jóvenes. ¿Qué nexos hay entre las formas de su experiencia religiosa y el impacto de la sociedad de consumo, de la sociedad de la información y de la informática? Por otra parte, ¿cómo se relaciona el hondo cambio del rol de la mujer en la sociedad, con las transformaciones religiosas que están ocurriendo?

Es importante conocer más profundamente lo que pasa entre los jóvenes. ¿Qué nexos hay entre las formas de su experiencia religiosa y el impacto de la sociedad de consumo, de la sociedad de la información y de la informática?

Hacerse cargo, desde una óptica creyente y teológica, de los cambios religiosos hoy exige asumir una perspectiva amplia, de gran angular, capaz en principio de abarcar objetos diversos tales como el de las religiones, la religiosidad, el cristianismo, la Iglesia, la fe. No parece adecuado estrechar de partida el campo. Por otra parte, la perspectiva disciplinar no puede ser sólo sociológica. Hay que atender también a los universos simbólicos de las nuevas formas religiosas, asequibles más bien a puntos de vista antropológicos, etnológicos y semióticos. Puede resultar muy significativo detenerse en el conocimiento de los sujetos y procesos implicados en los cambios. Y también establecer conexiones entre prácticas, universos simbólicos y discursos conceptuales.

Por otro lado, hay que evitar la autorreferencia y el eclesiocentrismo en este esfuerzo de lectura de los signos de los tiempos. El esfuerzo está en pensar desde el revés, desde el futuro posible. No se trata de añorar circunstancias pretéritas, sino de alentar las posibilidades del porvenir. Y no hay tampoco que dejar de preguntarse por el tipo de racionalidad que se pone en práctica al ocuparse del fenómeno religioso hoy —baste recordar las dificultades que tuvo la racionalidad teológica para hacerse cargo positivamente de la religiosidad popular. ■